

MEXICO: Asesinato de la historia*

Es sin duda un difícil trabajo de síntesis abordar en pocas páginas (165) la historia de México, desde la conquista hasta nuestros días, si se quiere dar una visión global y objetiva de tan largo y complejo proceso. Sin embargo el libro que comentamos lo intenta —sin lograrlo— en cinco ensayos para lo cual aprovecha, sin duda, el prestigio académico de los participantes: Ignacio Bernal, Alejandra Moreno Toscano, Luis González, Eduardo Blanquel, encabezados por Daniel Cosío Villegas. El texto se redactó con el propósito de difundirlo por radio y televisión, lo que lo inserta en el afán de esos medios de enajenación masiva al servicio del

Daniel Cosío Villegas y otros, *HISTORIA MÍNIMA DE MÉXICO*. El Colegio de México. 1973, 165 pp.

establisment por deformar la historia convirtiéndola en asunto de telenovelas. La primera edición del libro cuya reimpresión alcanzó los 20 000 ejemplares, sustituyó por lo pronto a aquél propósito. Para el logro de éste, por el contenido de la mínima historia, lo mismo hubiera sido que se editara como un «comic» más, destinado a mantener la historia en el nivel de las más diversas peripecias individuales. La amplia divulgación de este libro entre estudiantes de secundarias y preparatoria y el lector en general, justifica señalar la ideología y las fallas que lo informan: Cosío Villegas pretende explicar en la introducción del texto que su naturaleza, lo obligó a: “sacrificar sin piedad el material, hechos o ideas, de una importancia secundaria, de manera de perseguir única y exclusivamente lo que consideramos el gran cauce central de nuestra historia” (p. 1). Ciertamente no se sacrificaron las ideas secundarias: se asesinó a la historia como conocimiento de categorías socioeconómicas y desarrollo desigual regido por leyes de distintas formaciones socioeconómicas para levantar sobre su cadáver el concepto histórico que invierte la verdad de que la conciencia del hombre está determinada por su entorno social. Según los autores es al revés: la conciencia individual determina a la sociedad y aún a la naturaleza, lo que nada tiene que ver con el principio marxista aseverador de que la filosofía no tiene por finalidad única conocer,

sino transformar. Así la conciencia social también es asesinada. Por eso nunca se sabe cuál es el «cauce» ni qué es lo «central».

No hay una columna vertebral, ni un método histórico científico —el materialismo histórico— que ayude a comprender el proceso, especialmente en el complejo período revolucionario de 1910. No hay una concepción dialéctica de la historia, y la lucha de clases como motor de ella, por eso las clases mismas se escamotean voluntaria o involuntariamente.

A los ensayistas les une una misma ideología de clase: la burguesa, aunque es indudable que el nivel teórico, en la escala de la historiografía burguesa, no es homogéneo, sin duda más alto el del trabajo de Blanquel. Todos profesan igual concepción del mundo: la idealista; un criterio histórico: el historicismo. Ello se expresa claramente del modo siguiente:

- La historia no es más que mera narración de hechos que se suceden unos a otros.

- El desarrollo histórico de México nunca se ubica dentro del contexto histórico mundial, por ende menos aún, del desarrollo del capitalismo de libre competencia en los inicios del capitalismo mexicano hasta la etapa imperialista en la cual se estructura, y determinante hoy todavía de las características del capitalismo de subdesarrollo y la dependencia. En consecuencia no se manejan categorías históricas indispensables para explicar y comprender nuestra historia. Ol-

vido o ignorancia, concorde con el concepto del desarrollo histórico lineal y el derivado desarrollismo.

- El estado mexicano, no se identifica como un estado de clase, sino como algo *sui generis* ubicado por encima de la sociedad.

- La lucha de clases se omite a lo largo del texto, y con ello la realidad misma se evade o tergiversa.

Para ejemplificar estas afirmaciones, tomaré algunos ejemplos, los más burdos de cada uno de los ensayos:

En el trabajo de Ignacio Bernál sobre la época prehispánica, no obstante la información y cronologías correctas, no se ubica, ni siquiera se intenta, la etapa en la categoría histórica correspondiente, más bien se evade de hacerlo, reiterando la afirmación sobre el origen asiático del hombre americano.

En el ensayo de Alejandra Moreno Toscano (la época colonial), se ignora el proceso de mercantilización y lucro que conduciera al capitalismo en las dos últimas décadas del siglo XIX. Se ofrece en cambio una peregrina interpretación: “Es pues, el siglo XVI el siglo de la conquista, el momento en que se rediseñan las relaciones sociales de estos pueblos. La conquista militar y la conquista espiritual partes integrantes de un mismo proceso, dejan dibujadas las líneas generales de acción que seguirá la Nueva España.” (p. 61)

El trabajo de Luis González es francamente tosco y anecdótico.

Una especie de seudonovela histórica donde no faltan los adjetivos a las personas que parecen determinar la historia: Hidalgo, “viejo acomodado e influyente”. Iturbide “hombre valiente, cruel, parrandero, y simpático” (pp. 84, y 91). Al escribir sobre la independencia aparece esta perla: “los criollos de clase media como ya se vio andaban [sic] con la obsesión de la independencia” (p. 83). Según esto los revolucionarios son seres obsesionados con la idea de la revolución. ¡Ojalá con eso bastara para hacerla!

El ensayo de Eduardo Blanquel, el más serio sin duda, no escapa del historicismo. Este se expresa así, por ejemplo: “La revolución mexicana como todo hecho histórico es variable con el paso del tiempo”. La «lógica» aquí consiste en la convicción de que es el pensamiento del hombre el que crea la historia y en ese sentido, sólo en ese, también puede cambiarla.

Termina el compendio con la repetitiva apología de Cosío Villegas del actual régimen, y su fe en las instituciones capitalistas: “. . . el partido oficial debe abrir sus puertas para que por ellas entre, sobre todo, la corriente renovadora de la juventud”. Lo mismo daría que aconsejara tappar la «brecha generacional» del P.R.I.

Los anteriores ejemplos no son sino la consecuencia o reflejo de las fallas esenciales. Cuando el historiador burgués o pequeño burgués pretende ser aparentemente «imparcial» «objetivo»

«neutral», no logra encubrir la ideología burguesa, de la clase en el poder, y de la cual los autores del texto son partícipes. Se hace de la historia un cuento «variable» con el paso del tiempo, y según las necesidades del momento: se tiran o levantan héroes por decreto, se cambia o tergiversan los hechos, se institucionaliza la revolución y se justifica de todas formas la formación socioeconómica capitalista, aunque dependiente. El control ideológico de la clase dominante por todos los medios de comunicación, está presente en este sentido en gran número de libros de texto oficiales o no, «gratuitos» o caros. En documentos, revistas y ahora en este libro de fácil acceso, se reafirman a diario las posiciones tradicionales y oficiales de la historia destinadas a confundir y a evitar la creación de conciencia y

politización independientes de los jóvenes, ya que no se sustenta en un análisis científico de la realidad. El libro tampoco contiene la información de otros libros de esta índole. Su función se agota en lo meramente ideologizante y reproductor de la ideología oficial: historia parcializada, hueca, fragmentada, lírica y hasta chusca. En este tipo de textos, la posibilidad de cambiar las cosas, de transformar la sociedad, nunca es el resultado de la evolución de las relaciones productivas y la lucha de clases inherente al proceso de privatización de la propiedad y correlativa socialización del trabajo. Al contrario las cosas cambian por decreto, magia, buenos deseos, voluntarismo de personas inteligentes... o la actividad de partidos que abren sus puertas. MARÍA GUERRA TEJADA.